

Presentación

LYDIA JIMÉNEZ

Vicepresidenta de la Fundación Universitaria Española
Directora del Seminario de Pensamiento “Ángel González Álvarez”

«**A**l finalizar este segundo milenio tenemos quizá más que nunca necesidad de estas palabras de Cristo resucitado: “¡No tengáis miedo!” Tiene necesidad de ellas el hombre que, después de la caída del comunismo, no ha dejado de tener miedo y que, en verdad, tiene muchas razones para experimentar dentro de sí mismo semejante sentimiento. Tienen necesidad las naciones, las que han renacido después de la caída del imperio comunista, pero también las que han asistido a esa experiencia desde fuera. Tienen necesidad de esas palabras los pueblos y las naciones del mundo entero. Es necesario que en su conciencia resurja con fuerza la certeza de que existe Alguien que tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa [...] Y que ese Alguien es Amor (cf. 1 Jn 4,8-16). Él es el único que puede dar plena garantía de las palabras “¡No tengáis miedo!”»¹. Estas palabras de san Juan Pablo II resuenan con más fuerza si cabe en este año 2020 en el que han surgido muchos temores que nos paralizan, crisis sanitaria, económica, pero sobre todo cultural con un cambio de paradigma de consecuencias imprevisibles.

En este número monográfico, dividido en dos volúmenes recorda-

¹ Cf. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza & Janés, Barcelona 119, 216.

mos con inmensa gratitud a Juan Pablo II con motivo del centenario de su nacimiento. Como señalan algunos de los autores que escriben en él, no se trata de hacer un ejercicio de memoria sino de interpretar su legado, la herencia viva que está presente entre nosotros. La perspectiva de san Juan Pablo II tiene la fuerza de la novedad que nace de dentro y que es capaz de “inventar” ante las nuevas situaciones. Entendió con toda claridad que la cuestión de fondo es la verdad, y que la auténtica fidelidad al evangelio consiste en sacar de él ese tesoro de novedad en respuesta a los acontecimientos históricos que nos toca vivir.

Contemplar con la perspectiva de un siglo la vida de san Juan Pablo II nos hace más conscientes de que la figura de los santos no cesa de crecer con el paso del tiempo. Tres rasgos destacan en él: su ser padre, pastor y profeta. La grandeza de su paternidad se refleja en que condujo con magnanimidad a la Iglesia al tercer milenio en medio de un cambio de época. Su corazón de gran pastor se mostró en su enorme capacidad de oración y de entrega al pueblo de Dios; la urgencia de una nueva evangelización ardía en su corazón, unido a la cruz que se alza en medio de nuestro mundo secularizado. Su capacidad profética se pone de relieve en el testimonio personal ofrecido a favor de la verdad del amor humano. Son precisamente los profetas, los que ofrecen luces para el camino y por ello son los que nuestro mundo tanto necesita. San Juan Pablo II fue indudablemente uno de los grandes profetas del siglo XX, sabiendo reconocer la acción de Dios en el mundo que le tocó vivir.

Tanto la profecía como la paternidad encuentran un punto de convergencia en el tema clave del amor. Profeta del amor humano, maestro y padre singular en la escuela del mismo, san Juan Pablo II supo abrir un nuevo horizonte en la experiencia humana del amor a la luz de la Revelación del amor de Dios en el rostro de Cristo. El amor revela el bien en cuanto comunicativo, tiene la capacidad de establecer vínculos entre los hombres a todos los niveles y constituye un auténtico fundamento para la sociedad; es el verdadero motor de las acciones humanas. Porque los bienes básicos de una sociedad no son los bienes de consumo o productos, sino las acciones humanas que

surgen de la cooperación entre los hombres, en virtud de su participación en un mismo fin.

Reflexionamos sobre la herencia del santo Papa polaco, porque así podemos acercarnos a su visión de futuro: ¿qué esperaría de nosotros en las circunstancias presentes que él no vivió? ¿Qué es lo que pudo intuir o prevenir de un futuro que hizo que recibiéramos una herencia tan rica? Supone en nosotros la tarea de querer vislumbrar algo de lo que Juan Pablo II quiso dejar a la Iglesia.

Nos invita hoy a ser valientes y audaces, como lo hizo en Santiago de Compostela en el célebre discurso europeísta: «Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: «lo puedo»². Unas palabras que dirige hoy a cada uno de nosotros.

² JUAN PABLO II, *Discurso Acto europeo*, Santiago de Compostela, 9 noviembre 1982.